

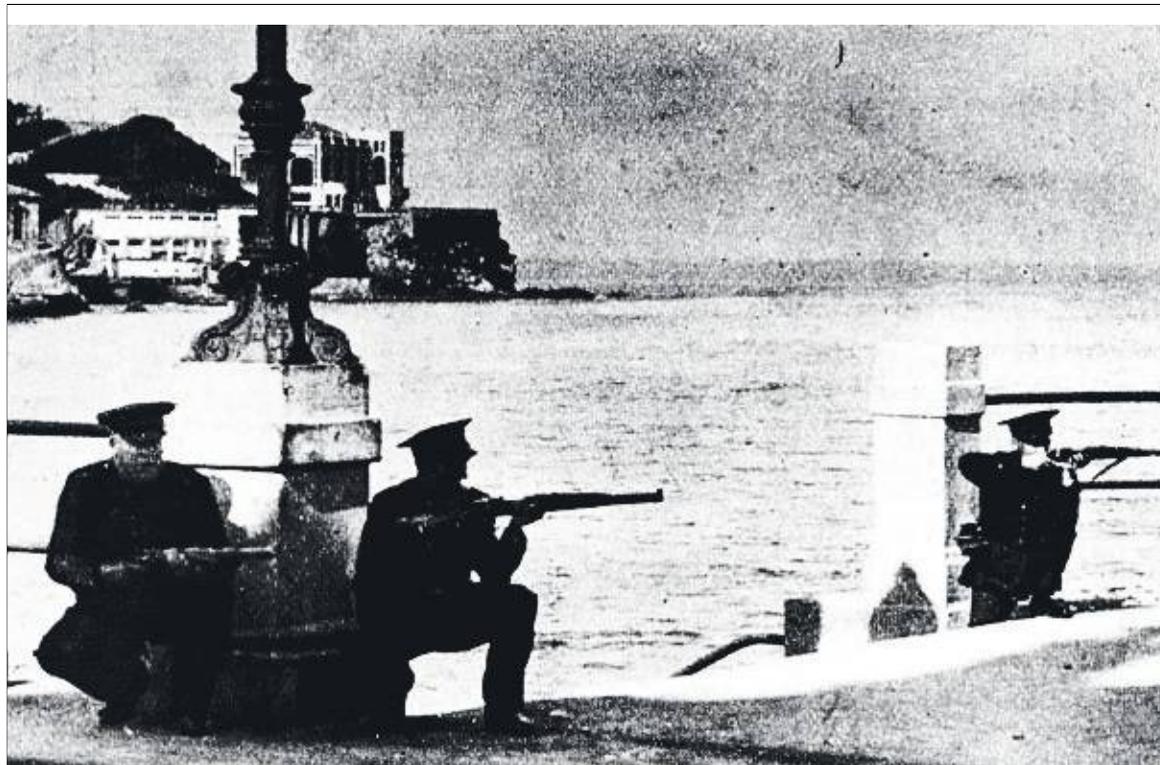
Libros del Asteroide rescata las crónicas de la revuelta de Asturias de 1934 de Josep Pla, Chaves Nogales y José Díaz

Cronistas de una revolución

JOSEP MASSOT
Barcelona

Los historiadores interpretan la historia, los políticos se la apropian y los periodistas la cuentan. Libros del Asteroide ha rescatado textos de tres reporteros sobre la revolución de Asturias que permiten al lector de hoy revivir aquellas dos semanas sangrientas. José Díaz Fernández, el autor de una de las raras novelas africanas de la literatura española, *El blocao*, ofrece el testimonio vivido desde primera fila de los combates en un extenso reportaje *Octubre rojo en Asturias*. Josep Pla, enviado del diario de la Lliga, *La Veu de Catalunya*, escribe desde Madrid, Bilbao y Oviedo crónicas en las que las opiniones suelen sobrevolar los hechos. El tercero es Manuel Chaves Nogales, simpatizante de la Izquierda Republicana de Azaña, enviado del diario *Ahora*.

En octubre de 1934 las cuencas mineras de Asturias adelantaron la Guerra Civil. El conflicto estalló cuando la confederación de partidos de la derecha, CEDA, hizo caer al gobierno Samper y exigió su entrada en el ejecutivo, presidido por Lerroux. Los sindicatos y los partidos de izquierda reaccionaron declarando la huelga general revolucionaria en toda España. Sólo triunfó en Asturias porque allí se contó con la implicación entusiasta de la CNT.



Guardias de seguridad apostados en la playa de Gijón durante la revolución de 1934

Eran años de profunda crisis y demagogia exacerbada. La República –según Jordi Amat, autor del prólogo– se estaba quedando sin republicanos. Josep Pla, el más duro de los tres periodistas que reúne el libro, está a favor de una represión militar sin contemplaciones y, en el caso del País Vasco, culpa a los nacionalistas por ha-

berse dejado embaucar por el aventurerismo revolucionario. Lo tenían todo a su favor y ahora –lamenta Pla– sus dirigentes están en prisión y los ayuntamientos en manos de sus rivales.

Josep Pla incide en la teoría del desbordamiento que se da incontrolable en los momentos revolucionarios. Companys fue desbor-

dado por Dencàs, Dencàs por Badia, Badia por..., del mismo modo que en la Revolución Francesa Necker fue desbordado por Sieyès, Sieyès por Mirabeau; Mirabeau por Brissot y los girondinos; Brissot por Danton; Danton por Robespierre y Marat; Robespierre por... “La teoría del desbordamiento –dice– no es del 6 de octu-

bre. Es tan vieja como la política”.

Chaves es más testimonial. “No es verdad que en Sama los revolucionarios se comieran un cura guiado con *fabas*; no es verdad que en Ciaño despanzurraran a la mujer de un guardia civil y le hundiesen un tricorno en las entrañas; no es verdad que el cadáver de un capitán de la guardia civil fuese expuesto en el escaparate de una carnicería con el letrero de ‘Se

Manuel Chaves Nogales retrata la devastación de Oviedo, tras dos semanas de terror

vende carne de cerdo”, pero, en cambio, si son verdad, sigue escribiendo en su crónica Chaves Nogales, una escalofriante lista de crímenes cometidos por la segunda oleada revolucionaria, la más fiera.

La represión del ejército al mando de los generales Goded y Franco fue espeluznante, un ensayo de la guerra incivil del 36, pero la violencia revolucionaria de los comités también derramó sangre. Si Pla considera moderado y generoso que Lerroux se limitara a siete u ocho fusilamientos, los comités implantaron lo que ellos llamaban la “crueldad suficiente”, asesinar sin piedad a un corto número de servidores del orden, cuya muerte era necesaria para que ellos tomaran el poder. El cronista presencia, con espanto, cómo a los pocos días, al ver que la revolución no triunfa en el resto de España, los comités se sienten derrotados e inician la desbandada, los jóvenes educados en las tácticas del comunismo soviético toman el relevo e intentan salvar la revolución por el terror. Ante las calles pavorosamente devastadas de Oviedo, Chaves se pregunta: “¿Cómo ha sido posible que esto llegara a producirse? ¿Es que va ser posible otra vez algún día...?”. Lo escribió el 27 de octubre de 1934.●